

Y he aquí que él percibió, gradualmente, que aquel extático, de quien pensaba al principio que estaba entregado a los impulsos del corazón, era infinitamente más maestro que él en el campo de la inteligencia. Más tarde, dirá de Ramakrishna:

—«Era un completo bhakta por fuera y perfecto jnanin por dentro... Yo soy todo lo contrario...»

Pero antes que llegara a esta constatación y de que su fiera independencia se remitiera voluntariamente a las manos del maestro, le buscaba y le huía; y así hubo entre ambos un juego recíproco de atracción apasionada y de secretos combates. La brutal franqueza de Naren, su falta de maneras para todo lo que despreciaba, la guerra implacable que había declarado a todo charlatanismo, su indiferencia altiva a la opinión, le atraían las enemistades y las calumnias, que desdeñaba de recoger.

Jamás Ramakrishna toleró su expresión delante de él. Estaba seguro de Naren. Decía que aquel joven era el oro más puro y que ninguna mancha del mundo podía alcanzarlo<sup>(1)</sup>. Temía solamente que esta admirable inteligencia no se perdiera en el camino y que la multiplicidad de potencias que se disputaban en él no acabara en algún mal empleo, como la fundación de una nueva secta, o de un nuevo partido, en lugar de consagrarse a la obra de unión y de unidad. Sentía por él una afección apasionada, cuyas manifestaciones inquietas o enternecidas, cuando Naren permanecía alejado algún tiempo, apenaban o irritaban a éste. Ramakrishna mismo sentía vergüenza de ello. Pero no podía impedirle de mostrarla. El ponía a Naren fuera de sí, por sus elogios excesivos, que públicamente rebajaban la gloria reconocida de un Keshab por bajo de la problemática de este joven que no había aun producido nada. Iba en su busca, en las calles de Calcuta, y hasta el templo del Sadharan Brahmosamaj<sup>(2)</sup> donde su entrada imprevista, durante el oficio, provocaba un escándalo y le atraía juicios despreciativos. Naren, a la vez mortificado y tocado, le hablaba duramente, a fin de desembarazarse de esta persecución. Le decía que nadie debe aproximarse sin medida a otro ser; que si Ra-

makaishna le amaba mucho él caería de su altura espiritual y se volvería semejante a aquél. El cándido y puro Ramakrishna le escuchaba, alarmado, e iba a pedir consejo a *la Madre*. Pero regresaba reconfortado:

—«Ah, pícaro, le decía, no te escucharé más. La Madre me ha dicho que yo te amo, porque yo veo al Señor en ti. El día en que no le viera más, no podría siquiera soportar tu presencia.»

Bien pronto los papeles cambiaron. Vino el tiempo en que la presencia de Naren fue acogida por Ramakrishna con una completa indiferencia; no aparentaba siquiera notarla y se entretenía con los otros. Este estado se renovó durante varias semanas. Y no obstante, Naren volvía pacientemente. Ramakrishna le preguntó por qué, puesto que él ni le hablaba más. Y Naren respondió:

—«No son solamente sus palabras las que me atraen. Yo le amo y tengo necesidad de verlo.»

El espíritu del Maestro se apoderaba poco a poco del discípulo rebelde. En vano tomaba éste a risa todas las creencias de Ramakrishna,—los dos extremos: tanto el culto de las imágenes como la fe en la Unidad Absoluta,—la fascinación de Dios lentamente operaba:

—«¿Por qué venís aquí si no queréis reconocer a *Mi Madre*?—le preguntaba Ramakrishna.

—«¿Estoy obligado a aceptarla, solamente porque vengo aquí?», replicaba Naren.

—«Muy bien, decía el Maestro. De aquí a algunos días, no solamente la aceptaréis sino que lloraréis en su Nombre<sup>(3)</sup>.»

(1) Brajendra Seal ha confesado el estupor que le causó el espectáculo del iconoclasta Narendra, despreciador de las supersticiones y de los ídolos, en adora-

Lo mismo sucedió cuando Ramakrishna quiso abrir a Naren las puertas del Vedantismo Advaitista, de la identidad con el Absoluto. Naren rechazaba tal idea como una blasfemia y como una insanidad. No desperdiciaba ninguna oportunidad de ridiculizarla; y un día, otro discípulo y él reían a mandíbula batiente de esta extravagancia: «Este cántaro—decían, es Dios... Esas moscas son Dios...» De la pieza vecina, Ramakrishna oyó sus risas de grandes escolares. Llegó tranquilamente. Estaba en un estado de se-

ción delante de Kali y delante sus sacerdote. Y le juzgó sin indulgencia. Hasta el día en que la curiosidad le empujó a hacer una visita a Dakshineswar. Allí pasó medio día y volvió en un estado de aturdimiento moral y físico. Todas sus ideas establecidas vacilaban. Sin comprenderlo, estaba subyugado por la atmósfera que se desprendía de la sola presencia de Ramakrishna. Puede haber un interés en conocer estas reacciones inesperadas de un gran intelectual, racionalista, alto universitario, y que ha guardado hasta el día su firme juicio:

—«Observaba con intenso interés la transformación que se operaba en mi amigo. La actitud de un joven y fogoso Vedantista, hegeliano y revolucionario, como lo era yo, frente a los transportes religiosos de Naren en su adoración a Kali, se puede imaginar. El espectáculo de un iconoclasta nato, de un librepensador nato, como Naren, de un domador de almas, cogido él mismo en las redes de lo que me parecía un misticismo grosero, era un enigma que mi filosofía de la razón pura no llegaba a descifrar... Por curiosidad patológica, fui en fin a Dakshineswar, para ver el Maestro de Naren. Pasé un día de verano en la soledad umbrosa y apacible de los jardines del templo; y hacia la puesta del sol volví, entre los torbellinos de una tormentosa, entre los ronquidos y las tinieblas de una espantable tempestad de rayos cegadores, presa de un sentimiento de confusión tanto moral como físico. Apercibía obscuramente esta verdad de que la Ley ordena, también lo irregular y lo grotesco aparentes; que el dominio de uno mismo puede residir bajo la apariencia de la falta de juicio; que los sentidos en sus errores mismos no son más que la Razón latente, y que la fe de un Poder salvador *abstracto* no es más que el obscuro reflejo de un acto original de determinación personal. Y la confirmación de esto radica en la vida ulterior de Vivekananda, quien, después de haber hallado la firme seguridad que buscaba, en la gracia y el Poder salvadores de un Maestro, partió predicando y enseñando el Credo del Hombre Universal, la absoluta e inalienable soberanía del Ser» (Artículo de Brajendra Nath Seal, publicado en el *Prabuddha Bharata*, 1907, y reproducido en la *Vida de Vivekananda*, I, 177).

(2) Saradananda, que fué más tarde uno de sus amigos y discípulos más devotos, y que ha escrito la mejor historia de sus relaciones con Ramakrishna, confiesa que él mismo estaba indispuerto contra Narendra, cuando le halló por primera vez en casa de un amigo común: pues nunca había oído hablar sino mal de él, excepto Ramakrishna. Y su primera impresión confirmó sus opiniones. Naren entró, bien puesto y bien peinado, el aire desdeñoso; se extendió, canturreando un canto *hindú*, y se puso a fumar, sin cuidarse de los presentes. Pero en el curso de la discusión trabada sobre la literatura contemporánea, tomó parte y manifestó de pronto la altura de su sentido estético y moral, así como su predilección por Ramakrishna:—único hombre, decía él, que hubiera hallado realizando en su vida, sin ningún compromiso, el ideal interior. (V. el capítulo: Vivekananda y Ramakrishna, del último volumen de la gran biografía de Ramakrishna, por Saradananda; Divya Bhava, publicado en la revista ramakrishnista *Prabuddha Bharata*).—Lejos de falsear la fe de Naren en sí mismo, la encarecía. (Ramakrishna). Le reconocía privilegios sobre los demás discípulos, autorizándole a tocar no importa qué impuros alimentos. Decía que, para él, esas cosas no tenían importancia).

(3) La rama del Brahmosamaj separada de Keshab. Era la más intransigente, del punto de vista nacional hindú; y es digno de notarse que Naren se le había reunido. Ramakrishna tenía, en ella, muchos enemigos que le tenían encono por su influencia sobre Keshab.



**El traje hace al caballero  
y lo caracteriza**

— y —  
**La Sastrería**

**LA COLOMBIANA**  
de Francisco A. Gómez Z.  
le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses

Operarios competentes  
para la confección de trajes

**Haga una visita y se convencerá**

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283